

H. Spencer

EL PROGRESO

En nuestros días se tiene formado un concepto del progreso tan vago, que no define nada, pues lo mismo comprende algo más que la idea de un mero crecimiento que el de una nación en número de miembros y en la extensión del territorio sobre que se difunde. Lo mismo se refiere a la cantidad de productos materiales, que al lugar común acerca del adelanto de la agricultura y de la industria. Unas veces se tiene en cuenta la calidad superior de los productos, lo mismo que los medios nuevos o mejorados con que son producidos. Cuando hablamos de progreso moral o intelectual, nos referimos a estados del individuo o del pueblo que los pone de manifiesto, mientras que cuando comentamos el progreso de la ciencia o del arte tenemos en cuenta ciertos resultados abstractos de la acción y del pensamiento humanos. A pesar de esto, no sólo es más o menos vaga la concepción corriente acerca del progreso, sino que es también en gran parte errónea. Es menor la realidad del progreso que los accesos que le acompañan, lo que se tiene en cuenta; no tanto su substancia cuanto su sombra. El progreso en inteligencia, que se ve durante el crecimiento del niño hasta llegar a hombre, o desde el salvaje al filósofo, se considera por lo común como si consistiera en el mayor número de hechos conocidos y de leyes entendidas, mientras que el progreso real consiste en las modificaciones internas expresadas por la mayor cantidad de los conocimientos. Vulgarmente se cree que el progreso social se reduce a fabricar una gran cantidad y variedad de artículos necesarios para las necesidades del hombre; en la creciente seguridad de la persona y de la propiedad, en extender y ampliar la libertad de acción, mientras que en realidad el progreso social consiste en los cambios de estructura en el organismo social que han producido tales consecuencias, siendo concepto corriente el teológico. Únicamente se consideran los fenómenos como conductores a la felicidad humana; tan sólo se creen que constituyen progreso los cambios que tienden directa o indirectamente a elevar la felicidad humana, y se piensa que lo constituyen sencillamente la causa de que tienden a acrecentar esa felicidad, más para entender rectamente el progreso tenemos que aprender la naturaleza de esos cambios, considerados separadamente de sus intereses. Dejando, por ejemplo, de considerar las sucesivas modificaciones geológicas que han tenido lugar en la Tierra, como modificaciones que la han hecho apta gradualmente para ser habitación del hombre, y como constitutivas, por lo tanto, de progreso geológico, tenemos que asentar el carácter común a esas modificaciones: la ley a que todas ellas se conforman. Y lo mismo en todo otro caso.

Lo referente a ese progreso que despliegan los organismos individuales en el curso de su evolución, es cuestión que ha sido ya contestada por los alemanes. Las investigaciones de Wolff, Goethe y von Baer han establecido la verdad de que las series de cambios ocurridos durante el desarrollo de una semilla hasta llegar a árbol, o de un óvulo en animal, constituyen un avance de la homogeneidad a la heterogeneidad de estructura. Todo germen, en su origen, consta de una substancia que es uniforme en composición química. El primer paso es la aparición de una diferencia entre dos partes de su substancia, o de una diferenciación, según se llama a este fenómeno entre los fisiólogos. Cada una de las divisiones diferenciadas empieza a mostrar enseguida algún contraste de partes, y poco a poco estas diferencias secundarias se hacen tan definidas como la original. Este proceso se repite continuamente; se verifica de una manera simultánea en todas las partes del embrión que va desarrollándose, y por tales diferenciaciones sin fin se produce finalmente esa combinación compleja de tejidos y órganos que constituyen al animal o a la planta adulta. Esta es la historia de todos los organismos, cualesquiera que ellos sean. Es indiscutible que el progreso orgánico consiste en un cambio de lo homogéneo a lo heterogéneo.

NUESTROS EDITORIALES

POR LA FEDERACIÓN

Que ya es y vive afirmativamente

Afirmarse es existir. Ser, es ser afirmativamente aquello que se es. Árbol, flor o fruto: la naturaleza — la gran madre — quiere que sean lo que deben ser; que den, como les pertenece, sombra o aroma, veneno o ácido; sirvan para una hermosa vista, o suministren en abundancia jugo nutritivo, y contenido en la carne más tierna y el néctar más delicioso... La gran madre quiere que sean verdad las diferencias que ella ha creado y de ahí su exigencia, ordenada por sus leyes, de que cada cosa permanezca fiel a sí misma y realice separadamente su progreso: un fruto se redondea sólo sin parar mientes en los otros frutos; un árbol engruesa y extiende sus ramas, aunque las de los demás permanezcan siempre cortas y raquíticas... Debemos tenerlo en cuenta, como elemento de filosofía para la vida: afirmarse es existir.

La ambigüedad, con su media tinta descolorida, que ni afirma ni desmiente, que más bien que un enderezamiento, como el del árbol; es una tática adquisitiva, como la del camaleón, que toma el calor del suelo donde pisa, es el principio de la dispersión; todos estaréis de acuerdo en que, cuando cambiamos de ser afirmativos y somos ambiguos respecto a nuestras ideas del poder a la propiedad, cesamos de ser anarquistas; todos estaréis de acuerdo también en que el mejor fruto es el de más colorido y el que representa mejor el sabor y todas las propiedades de los de su clase; que sería una inconcebible decadencia encontrar en las manzanas de veledades de sandía; y en éstas de las manzanas; que en vez de consagrar esto un progreso haría desaparecer a unas y otras (las sandías y las manzanas) para llenar el claro con un fruto andrógino, sin bondad ni excelencia ninguna... Nada de eso, pues, compañeros, sino sandías y manzanas de gusto fuertemente acentuado: afirmativos como sandías o trinitarios! ¿Os dais cuenta de la claridad y sencillez del pensamiento? ¿Y de la filosofía que fluye para la vida; para la vida de nuestras cosas anarquistas,

Arrecien en la propaganda cuanto quieran, haciendo un sospechoso derroche de dinero para crear adeptos a la causa infame de la guerra, que el proletariado español, las Federaciones anarquistas y esta modesta hoja — también arreciaríamos, en la seguridad de que el triunfo esta vez será de los que, con escasos medios de propaganda, pero fuertes en su convicción, laboran por los nobles principios de la humanidad emancipada.

Sin esperar consejos ni ayuda de nadie, desde el principio de la conflagración europea, el proletariado español cumplió su elevada misión protestando contra la guerra, y los anarquistas repartieron profusamente varios manifiestos. Ahora, en vista de que se trata de intensificar la propaganda guerrera, otros 100.000 manifiestos, costeados con los céntimos de los trabajadores (como al día demostraremos) circulan de pueblo en pueblo y de cortijo en cortijo, enseñando a los eternos esclavos que deben aprestarse a la lucha, pero no para el sostenimiento de la injusticia social que impera, sino para acabar con toda clase de tiranías.

Y al obrero así instruido, así preparado, poca mella han de hacerle las sofismas y arengas de los interesados en su esclavitud, y en el hogar del prole-

tario serán despreciados cuantos intenten que la paz se altere en beneficio de aventureros sin conciencia, de políticos ambiciosos y de acaparadores y envenenadores de alimentos.

En esta labor no estamos solos. Son muchos los sindicatos que se ponen en guardia contra posibles contingencias y la Confederación Regional de Albaliles y Peones de Cataluña se ha dirigido, también por medio de manifiestos, a las secciones, recomendándonos hagan propaganda en contra de la intervención de España en la guerra.

Este es el camino a seguir. Mienten los que dicen que la guerra terminará echándole más combustible. Terminará el día que las naciones neutrales se nieguen a facilitar ningún recurso a los combatientes.

Y nosotros, como esas firmes rocas contra las que se estrella las más embriaguecidas olas, luchando contra todos a ello nos obligan las circunstancias, sostendremos en el palo mayor de nuestro barco, en la primera plana de este periódico, el que creemos irrefutable principio anarquista: ¡Guerra a la guerra burguesa! ¡Guerra al Estado, a todos los Estados!

¡Viva la Anarquía!

«Tierra y Libertad».

Barcelona.

ACTUALIDAD

La era del hierro

Traducidas a la acción, las ideas, hasta las más inefables, se resuelven contundentes. Es divina, blanca de romanticismo, la actitud agrícola. Pero se cumple en el filo violento de los arados: ¡Hierro!

En la punta del ideal, centellea, como una chispa de infierno, la imposición. Hay una madre común, un revestimiento duro, como cáscara de coco, para toda clase de agua de pensamiento. Es lo que entra, abre la brida para depositar la semilla en lo hondo.

Esta es la era del hierro. Pero del hierro en las tapas, en los blindajes. Es uniforme el revestimiento de las ideas en lucha, desde las católicas hasta las anarquistas. Dura.

Haceos duros, mis hijos; más duros aún, — es la voz de orden, ahora; vuestro cura a Nietzsche y a Whitman. El mundo, visto de afuera, de caribás, rampaguea corazas, hasta en los pechos más tiernos. El hierro no está en los flancos ya, como en los tiemposidos de las caballerías; está en las almas, en la punta de las ideas, calzando las ambiciones.

¡Haceos duros, mis hijos! Duros de revestimientos, duros de tapas, blindados. Ah! pero endulzad las aguas de las ideas, como frutas. Que en cada gota volcada, florezca un beso de paz...

Los patriotas alemanes son de lo más duro que hay. Su producción de metales, supera a todas las de los aliados juntos, dicen los diarios, 110 millones de toneladas de hierro! — Pero son agrios de fondo, amargos de las esencias: imperialisistas. ¡Ah, no!

Esta es la era del hierro, sí. Del hierro en los espines, en los puños, en las puntas del ideal. Se cumple, ¿veis?, en el filo del arado, en el filo de las plumas, en el filo de las hachas. Pero que al en-

trar, goteen paz, como besos... Porque somos anarquistas, nosotros.

¡Farabuta!e, farabuta!e!

Con la medida de Italia en el conflicto europeo, debió de entrar en funciones alguna empresa de bombos para la exportación. De farabuta!e. No se explica de otro modo, estas deslomaduras del cable, estos golpes de ridiculo, diarios, constantes, metidos. El rey, la reina, los príncipes mocicos, los ministros, los poetas y los perros; y las señoras de todos también, hasta las perlas, saltan el mar, se nos aparecen vivos, resoplado como focas, en actitud belicosa, con efalchas brutitas...

Tararón está en Italia, lo mismo que en Tarascón, tarascónando. El rey pára las balas al aire, con la mano, la reina se arrulla a catonceduras, los reyecitos están de abrevaglierismos hasta los mocos, los ministros y los diputados juegan, parece; a la rosca bajo las balas austriacas. Y el imagnífico, D'Annunzio, que... Pero todavía no es todo. Lean esto que trae el cable de ayer, tal cual: La señora Lina Cavalieri, celebrada por su hermosura, que acostumbrada a la vida parisense había manifestado repetidas veces que jamás volvería a Italia, ha regresado a Roma, después de leer los poemas de D'Annunzio sobre la guerra.

La hermosa señora es muy popular ya entre los heridos, ante los cuales, aprovechando sus habilidades artísticas, baila y canta y da también conciertos, acompañada de su esposo, el señor Muratore, tener de la ópera de París.

Hemos recordado a Fierro: «Era un gineceo con un órgano y una mano que bailaba; haciendo y mirando, cuando nos tocó el arroyo». El órgano lo toca allí este tenor Muratore. La mano es la Cavalieri. Y nosotros los que arramos... ¡Farabuta!e, farabuta!e!

Crónicas Internacionales

Campaña intervencionista

Los intelectuales españoles

Respectables son todas las opiniones que, son honradamente sentidas, aunque esto no nos impedirá combatir; pero creemos que en la campaña intervencionista que se viene desarrollando aquí, hay más mercantilismo que idealidad.

Si esta campaña no tuviera otro objeto que ayudar a la parte de los beligerantes por quienes se siente afinidad con las ideas, entendemos que lo que haría más efecto en la opinión, sería la marcha a la línea de batalla, para sellar con su sangre o con actos heroicos su amor por la causa que dicen defender. Así hizo el hijo de Garibaldi en Italia, organizando una guerrilla que en territorio francés luchó contra los que creía enemigos de la civilización: contra los alemanes. Y no echen en olvido nuestros teóricos intervencionistas, que este acto de Garibaldi fué el prólogo de la agitación popular italiana que ha terminado con la intervención de aquel país.

Aquí no ocurre eso: se pretende que a la guerra vayan los intelectuales, la masa, reservándose el papel de directores de la marza. Igual ha hecho D'Annunzio en Italia. Después de probar qué vida se arrastra en el ejército, solicitó el ingreso en la marina, para terminar por decidirse a quedarse en tierra, dejando que mueran entre los horrores de la lucha, los hijos de las madres que a estas horas maldecirán en la soledad de sus hogares el nombre del segregio poeta, al que su Gobierno ha obsequiado con cruces condecorativas y tal vez pensionadas, mientras el pueblo por el sugestionado es obsequiado diariamente con la cruz del martirio.

La cantidad de los propagandistas de la intervención nos hace dudar de la importancia de sus sentimientos libera-

dores. Creemos, como ya hemos dicho, que solo les inspira un menguado mercantilismo. Cuando a un pueblo se le quiere arrastrar a la guerra la propaganda teórica debe simultanearse con la práctica. Cuando hablan los cañones del 42 deben los partidarios de la guerra contestarles en igual forma, pues toda la prensa deja entrever que lo que necesitan los combatientes son hombres, para reponer las bajas que en ambos bandos ocurren constantemente.

Ya sabemos que nos constatarán que eso es lo que pretenden, promoviendo una agitación que obligue al Gobierno a intervenir; pero a esto hemos de decirles nosotros, que saben ellos que esto no lo conseguirán; que han llegado tarde para esta propaganda, porque el proletariado, al que tratan de sugestionar, es contrario a la actual guerra europea, porque sabe que ella carece de toda idealidad liberadora y que sólo ha obedecido a bastardos intereses comerciales y de conquista. Y al proletariado que este convencimiento tiene, no es posible, por mucho dinero que se gaste — ¡y cuidado que se gasta mucho! — hacerle creer en la necesidad de arriesgar su vida, ni de sacrificar a sus hijos por intereses que ningún beneficio han de reportarle para su emancipación económica ni siquiera para su emancipación política.

La campaña intervencionista ha arrojado desde que Italia, se ha decidido por la guerra; saben que en esta decisión ha influido mucho la intervención de una parte del pueblo; hábilmente preparado y quieren imitarla; pero la imitación es burda, pues si aquí abundan los escritores y arengadores a lo D'Annunzio, en cambio escasean los propagandistas a lo Garibaldi.

Fiebre nacionalista

En el orden ideológico suele suceder con frecuencia que los acontecimientos que se destacan por su importancia como valores que aportan nuevos conocimientos o modalidades distintas, encuentran una resistencia tenaz en el núcleo social más arraigado a las antiguas creencias o ideas que completan su estructura moral.

El actual estado de convivencia social, producto anómalo de un estado de sociabilidad subvertido, por la misma razón que el derecho a la vida es patrimonio de unos cuantos, nos da la clave de esas luchas que ha menester se sostengan con mil riesgos, ante el sedimento de tradición y rutina que forman los intereses creados.

La guerra actual ofrece un campo limitado a los hombres estancados en pensamientos e ideas viejas que constituyen el bagaje intelectual negativo de su vida inútil, para desecharse en sendos

artículos y discursos queriendo demostrar que, sólo es una fiebre irrealizable toda idea de redención social.

Ante este renacer de sentimientos guerreros creen hallar un justificativo a sus elucubraciones patrióticas y viejas, como el instinto que dormitaba en el fondo de sus conciencias, que hábilmente disfrazadas de nobles y elevados sentimientos supieron engañar, engañándose antes a sí mismos, a sus contemporáneos.

Diríase un torneo de Sofistas y Fariseos defendiendo al tribunal inapalable (gobierno) que, en este caso serán las (voluntades de Estado), en contra de los culpables (Pueblo) acreedores al castigo de sus juicios.

Sus exhortaciones nacionalistas son la verbosidad fácil e irreflexiva de quienes no han menester meditar lo que van a decir, puesto que tienen de antemano conquistado el aplauso de su auditorio con sólo dar rienda suelta a sus instintos

